

ISSN: 0213-2079

EL PAPADO ENTRE BIOGRAFÍA E HISTORIA¹

The Papacy between Biography and History

Adriano PROSPERI

Scuola Normale Superiore di Pisa

<a.prosperi@sns.it>

RESUMEN: El artículo es una introducción a la lectura de la magna *Enciclopedia dei Papi*, obra presentada en Bolonia en el año 2001.

Biografía e historia tienen en el caso del Papado una tradición antigua. La construcción del poder papal pasó por la prohibición del análisis crítico y el control de las fuentes documentales, las cuales sólo estuvieron al alcance de proyectos apologeticos. La Edad Moderna se caracterizó por una deliberada exclusión del Papado del conocimiento historiográfico. El rechazo de la Reforma protestante al poder papal no se basó en investigaciones históricas sino en la más oscura tradición profética. La historia del Papado propiamente dicha comenzó con la inspiración luterana de Leopold von Ranke y la respuesta católica de Ludwing Pastor.

Palabras clave: Representación simbólica del poder, nepotismo, Historia del Papado, biografía histórica, *Enciclopedia dei Papi*.

ABSTRACT: The article is an introduction to the reading of magna *Encyclopedia dei Papi*, work presented in Bologna in 2001.

Biography and history are part of an old tradition in the case of the Pope state. The institution of the Pope power passed through the prohibition of the critical analysis and the control of the documentary sources, which only were within reach of apologetic projects. The Modern Age was characterized by a deliberate exclusion of the Pope of the historiographic knowledge. The rejection of the papal power by the

1. Traducción de Baltasar Cuart.

protestant Reformation was not based on historical investigations but on the darkest prophetic tradition. The history of the Papal state itself began with the Lutheran inspiration of Leopold von Ranke and the catholic answer of Ludwing Pastor.

Key words: Symbolic representation of the power, nepotism, History of the Papal state, historical biography, *Enciclopedia dei Papi*.

La publicación de una imponente *Enciclopedia dei Papi* por obra del Istituto della Enciclopedia Italiana ha puesto a disposición de los historiadores un instrumento importante para la investigación; y ofrece además una obra de consulta y lectura a cualquier lector deseoso de conocer mejor las circunstancias biográficas y las características históricas de cada uno de los pontificados a lo largo del arco temporal bimilenario del papado².

Aunque abierta a lectores y estudiosos de todo el mundo, la obra se dirige de forma especial a los italianos. Esta *Enciclopedia dei Papi* que se presenta como un todo único, como si hubiese visto la luz a propósito del Año Jubilar Cristiano del 2000, es, en realidad, una rama nacida del tronco común de una empresa que tiene ya casi medio siglo y que todavía se encuentra lejos de su conclusión: el *Dizionario Biografico degli Italiani*, una obra en construcción que honra a la cultura histórica de nuestro país; una verdadera escuela en la que se han formado los estudiosos de historia del pasado siglo y en donde siguen trabajando las nuevas hornadas de historiadores; un proyecto de grandes vuelos y seriedad que, cuando esté concluido, dotará a Italia del mejor entre todos los diccionarios de biografías nacionales existentes en el mundo.

De la andadura de este Dizionario, necesariamente lenta y a menudo obstaculizada por dificultades de medios y por amenazas habituales de cierre, debidas a los oídos sordos hacia la cultura de un sector de los poderes públicos, se destaca aquí la parte ya editada de las biografías de los pontífices de la Iglesia católica, y ha sido integrada redactando todos los perfiles biográficos de aquellos papas que, por férreas razones alfabéticas, deberían de haberse publicado en los volúmenes que aún faltan por salir. Así, los papas, cual vanguardia especial y digna de tratamiento preferente respecto al más general del pueblo italiano, han tenido una suerte privilegiada.

2. Istituto della Enciclopedia Italiana: *Enciclopedia dei Papi*. Roma, 2000. Vol. I: da Pietro, S. a Anastasio Bibliotecario, antipapa. Vol. II: da Niccolo I, S. a Sisto IV; Vol. III: da Innocenzo VIII a Giovanni Paolo II. El comité directivo de la obra está compuesto por Manlio Simonetti, Girolamo Arnaldi, Mario Caravale, Giacomo Martina S. J. y Antonio Menniti Ippolito.

Como introducción a la lectura, quisiéramos exponer aquí una breve nota informativa de las características de la obra y de algún aspecto de las relaciones entre las biografías de cada uno de los pontífices y los del papado como realidad institucional.

Hagamos una primera consideración. Un libro de historia, y aún más si se trata de una empresa colectiva, nos habla ciertamente del tema del que trata, pero sobre todo nos habla de quien lo ha escrito, del editor que lo ha aceptado y lo ha impreso, y de las necesidades y de las preguntas a las que ha tratado de responder. Así pues, esta obra nos enseña algo del pasado que estudia, pero también busca comprender algo del presente en el que nació el proyecto. Es una función de los libros de historia que no se puede eliminar. Además, bastaría detenerse a considerar las circunstancias en las que la obra fue presentada oficialmente en el año 2001: fue en Bolonia, donde tuvo lugar para ello una reunión de estudios inaugurada por el cardenal arzobispo de la ciudad, en la sede de una antigua iglesia (San Giorgio in Poggiale), ahora sede de una institución bancaria³. El hecho de que en una iglesia desacralizada, en una ciudad que fue la segunda capital de los Estados Pontificios, autoridades eclesiásticas y simples estudiosos pudieran reunirse para discutir sobre la historia del papado, expresaba, sin duda, algo de la situación en la que se encontraban los estudios y de la propia sociedad que se planteaba cuestiones sobre el pasado y el presente histórico del papado. Y la cuestión continua siendo problemática no sólo en Italia porque la imponente herencia religiosa, cultural y política, cuyo inventario aquí está contenido, está en el centro de renovados conflictos y de antiguas y nuevas preguntas. Hoy no sólo la historia del papado, sino el significado mismo del papado como institución se presentan como problemáticos.

El postulado base, la regla de nuestra convivencia, se resume en una frase que ya fue, en siglos no demasiado lejanos, una herejía peligrosa castigada con la muerte por la Inquisición eclesiástica y que hoy circula bajo el nombre de un teólogo alemán víctima en un Lager nazi: «vivir en el mundo como si Dios no existiese (etsi Deus non daretur)». ¿Qué lugar queda, pues, para el representante visible de una de tantas religiones que hablan en nombre de un Dios borrado de las reglas de convivencia? ¿Cómo tratar la institución papal en relación con su historia y los problemas de su presente y el nuestro? Para responder, es oportuno volver a considerar el larguísimo recorrido histórico de aquella institución, tanto más atentamente cuanto más rápido es el distanciamiento de aquel pasado y más violenta es la fuerza del viento invisible que empuja al ángel de la historia (según la hermosa imagen de Walter Benjamin).

3. Las actas del congreso no fueron publicadas. Presentaron ponencias Ovidio Capitani, Paolo Prodi y Vincenzo Cappelletti; quien esto escribe presentó el texto ofrecido aquí, aunque ahora parcialmente modificado.

La segunda consideración es que el problema atañe a países de cultura católica y, entre éstos, sobre todo a Italia, por razones que no hay necesidad de explicar, porque las vemos con nuestros propios ojos. Es verdad que en los últimos tiempos el nexo entre el papado e Italia se ha relajado: la elección de papas no italianos y, todavía más, los horizontes siempre más internacionales de las facciones papales parecen fenómenos destinados a llevar a un punto de fractura aquel nexo entre cosmopolitismo y pertenencia italiana que caracterizó en los últimos siglos la presencia del papado como una realidad enraizada en Italia. Ello se advierte claramente en el mismo modo en que se concluye la galería de los papas aquí recogidos, en el cambio de género literario, que coincide con el paso del último papa italiano al actual. Con la muerte de Juan Pablo I (una muerte —según una frase más bien singular— cuyas circunstancias de hecho no han sido todavía esclarecidas completamente)⁴ se cierra la parte propiamente histórica.

A partir de ahí, la historia se diluye en la crónica; el seco relato de los hechos se vuelca hacia comentarios del cronista, hacia las preguntas sobre cómo el pontificado resolverá sus contradicciones internas y los problemas de la Iglesia Católica en el mundo. La de Juan Pablo II no es una biografía, escribe Massimo Bary, sino un retrato, como corresponde a un soberano reinante que ya ha mostrado señales significativas de su obra de gobierno⁵. De Karol Wojtyła tenemos, pues, un diseño de su obra tal como se refleja en el espejo de la opinión pública. Al final está el juicio de valor, ecuánime como corresponde a una obra que está destinada a ser de larga duración: «no es posible dejar de estar de acuerdo con algunas de sus tomas de posición, a menudo incómodas, a favor de la paz en el mundo, la lucha contra la privatización y contra las limitaciones de los derechos del hombre, y con las intervenciones contra regímenes dictatoriales en países del Tercer Mundo»; pero «parece difícil conciliar tales posiciones con las asumidas respecto a la moral sexual y la eutanasia, que parecen crear una fractura entre la vida cotidiana de los fieles y la doctrina oficial de la Iglesia»⁶. A este balance problemático ha respondido con los hechos la historia sucesiva en los pocos años que nos separan de la publicación de la obra: las medidas de su sucesor referidas, sobre todo, a los aspectos culturales y políticos de las sociedades católicas, la española e italiana en primer lugar, constituyen materia de polémica cotidiana.

Otras preguntas podrían surgir si nos planteáramos cómo poner de acuerdo las demandas de los católicos observantes de base (los fieles) con la oferta doctrinal y moral del papado: ¿podrá el papado superar jamás el conflicto entre la ética católico-mundana de gozar de esta vida y de no sufrir al dejarla con los recursos

4. VIAN, G.: «Giovanni Paolo I», en *Enciclopedia dei Papi*, op. cit., vol. III, pp. 674-681; vid. 681.

5. BRAY, M.: «Giovanni Paolo II», *ibid.*, pp. 681-697.

6. *Ibid.*, p. 695.

del mismo papado como avanzadilla de la ciudad celeste? Afortunadamente, no nos toca contestar a nosotros. Más bien, es ésta la ocasión para tomar contacto con una actitud típica de la cultura y de la sociedad italianas: la de tender a participar de los problemas y propuestas del papado con una firme actitud no de tipo religioso sino político-social.

El papa, en Italia, forma parte del paisaje, es observado como un monumento propio, sus pensamientos son escudriñados así como sus comportamientos de la misma manera que los penachos de humo de los volcanes o los movimientos de los glaciares, aunque uno no sea alpinista o vulcanólogo. Por lo demás, todas las comunidades nacionales conocen formas análogas de participación en los acontecimientos de las dinastías reinantes, de los poderosos o de los personajes carismáticos.

Además, Italia tiene en el papa una figura que reúne soberanía, carisma, presencia mediática. Por tanto, es inevitable que se interese y participe de sus actos, que los observe con curiosidad, aprensión, devoción o tal vez execración, pero jamás con indiferencia: ello proviene de un vínculo de pertenencia y de funciones de representación simbólica que otros pueblos mantienen con casas reinantes o con presidentes electos. Cómo se instituyó este vínculo y desde cuándo y por qué Italia, más que ningún otro país europeo, lo siente hasta considerarlo como de su exclusiva propiedad es un problema que remite tanto a los del papado como a los de la historia de Italia. El grito que resonó entre la multitud que rodeó un famoso cónclave —«lo queremos romano, o al menos italiano»— puede ser suficiente para evocar los resultados de este sentido de propiedad que luego en cada cónclave se ha vivido de diversos modos.

En esta apropiación nacional de un poder por definición (autodefinición) universal encontramos un carácter tan profundamente asumido que podemos definirlo como propio de la identidad italiana. Volveremos sobre ello, no por otras razones sino para recordar al menos que este carácter tiene una historia; y que se puede trazar un diagrama de la intensidad y de la participación en este sentimiento en el cual la época del *Risorgimento* y de la monarquía saboyana representaron un momento de fractura, hoy ya muy remoto.

Pero aquí hablamos de un interés histórico y cultural hacia la historia del papado, por una parte, y hacia las vidas de los pontífices, por otra. Sobre esto nos detendremos también por una tercera razón relativa al modo como lo llevamos a cabo y al origen de los instrumentos y módulos intelectuales de los que nos servimos.

La obra que comentamos, como se ha dicho, aúna historiografía y características enciclopédicas. No ha sido tarea fácil conciliarlas. Sin atrincherarse tras la fanática separación erigida por Benedetto Croce entre biografía e historia (una oposición que ha calado bastante profundamente en nuestra cultura), es un hecho

que las vidas de los hombres parecen ser, a menudo, como el polvo levantado por un formidable viento de fuerzas que las superan, y las de los papas no escapan a esta regla. Así, al describir las biografías, se escapa o queda necesariamente en un segundo plano el conjunto de fuerzas y tendencias supraindividuales que las condicionaron.

La cuestión se ha resuelto aquí presentando, por una parte, cuatro ensayos introductorios sobre la historia general del papado articulados según las grandes épocas de edad antigua, media, moderna y contemporánea, obra de cuatro especialistas competentes: Manlio Simoneti, Girolamo Arnaldi, Mario Caravale y Giacomo Martina S. J. Por otra, presentando el perfil biográfico de cada pontífice en orden cronológico, con entradas redactadas por especialistas y dotadas de un amplio aparato erudito según las reglas del *Dizionario*. El lector deberá unir mentalmente ambas secciones, leer las vidas individuales sabiendo tener presente el color diverso sobre el cual se destacan. No es tarea fácil. Las grandes tendencias históricas que atraviesan largas etapas de la historia de los papas no encuentran espacio en la brevedad de los perfiles biográficos, que tienen objetivos más precisos y limitados. Se presenta un problema semejante al de la «economía» eclesiástica y católica de las canonizaciones, cuyas reglas permiten que se ignoren las propuestas del papa como cabeza política y religiosa para concentrarse en los detalles de su vida y de su moralidad individual: de Pío V no importará su feroz lucha antiherética, ni de Pío IV valdrá indagar lo que pertenece a la cultura eclesiástica de su tiempo, como el antijudaísmo en el episodio del niño Mortara. Será el lector quien deba realizar la necesaria obra de fusión, de unión y de lectura histórica de los datos biográficos colocándolos en el contexto adecuado.

Cojamos, por ejemplo, la norma que define y señala las diferencias existentes entre la sucesión papal y las dinásticas propias de otras formas de soberanía conocidas en la historia: la norma que prohíbe una transmisión hereditaria del título en el ámbito de la familia de sangre y, en cambio, la confía a la comunidad de fe. Sabemos cuántas excepciones se han producido en dicha norma y cómo fue difícil apartar al papado del atractivo de regularse como una monarquía de tipo patri-lineal. Pero, una vez derrotada la transmisión por línea directa, la Edad Moderna se abre, en el papado, bajo el signo del nepotismo, aquella especie de jugada gracias a la cual durante siglos el mecanismo dinástico de la elección papal estuvo subordinado a la construcción de sucesiones hereditarias.

Fue un fenómeno típicamente italiano: una monarquía llamada a ejercer el poder sobre una península políticamente fragmentada. Fue también un fenómeno lingüísticamente italiano, puesto que en Italia el término «nipote» significa sobrino, pero también nieto (como lo muestra el célebre retrato de Paulo III Farnese, obra de Tiziano). El nepotismo papal es un hecho histórico de gran interés, injustamente confinado por una historiografía llorona en la microscópica

dimensión de las carencias y debilidades morales de cada uno de los papas. Ha sido precisa la mirada aguda de un historiador como Wolfgang Reinhard para descubrir las raíces antiguas y profundas del fenómeno: en el nepotismo que tomó forma en el s. XV, a partir de Pío II, encontró expresión una piedad papal capaz de combinar el lenguaje cristiano con la sustancia de la «pietas» antigua: el *cultus erga Deum, patriam et parentes*, expresado en la glorificación y enriquecimiento de los familiares, así como en el ennoblecimiento del Carsignano natal⁷.

Volvamos, sin embargo, a aquellas dos vertientes: la biografía y la historia. Se trata de comprender de dónde procede el interés que hoy culmina en la obra objeto de esta nuestra exposición. Es fácil recordar que ambas tienen, en el caso del papado, una tradición antigua y robusta y que, en consecuencia, no hay nada de improvisación en el hecho de distinguir entre ambas.

Es una tradición italiana, indudablemente, la que considera la vida de los papas como la de grandes hombres, siguiendo la tradición humanística marcada en la obra de Platina. Junto a ella, discurre y se desarrolla otra línea: la que trata de presagiar los avatares del mundo y los eventos de la sucesión papal como inscritos por la voluntad divina en los signos distintivos y las acciones de los pontífices.

La fortuna de la tradición de las profecías papales en tiempos modernos confluye —y se agota— en el riachuelo de las apuestas y especulaciones sobre los cónclaves: una curiosidad perfectamente comprensible dada la naturaleza absolutamente excepcional de un poder sagrado, cuya regla fundamental es la de que quien reina no puede transmitir su poder hereditariamente. Ahora bien, ambas tradiciones conocen, precisamente en la primera Edad Moderna, una fase de dura hostilidad por parte del mismo papado. Por un lado, no se tolera la descripción de los trazos humanos, ni siquiera los ejemplares, de cada uno de los papas; por otro se prohíbe toda forma de adivinación o arte mágica para conocer la duración de la vida del papa reinante y para influir sobre la misma. Como han mostrado las investigaciones de Agostino Paravicini Bagliani⁸, la preocupación por la duración del propio reinado es un sentimiento que pertenece a la historia del papado; ha habido pontífices que han experimentado con una variada farmacopea para intentar prolongar su propia existencia terrena; pero los papas se han mostrado, igualmente, temerosos a menudo de los nefastos efectos de las artes mágicas y de los influjos estelares sobre sus vidas. Los casos de condenados por el delito de lesa majestad humana y divina que pueblan el XVII romano, y entre todos ellos el célebre de Giacinto Centini y de los tres frailes, sus cómplices,

7. REINHARD, W.: *Papa Pius. Prolegomena su einer Sozialgeschichte des Papsttums*, Paderborn, 1972; trad. fr: *Papauté, confessions, modernité*, a cargo de R. DESCIMON, París, 1998, pp. 41-67; véase *ibid.*, pp. 69-98, la trad. de «Nepotismus. Der Funktionswandel einer papstgeschichtlichen Konstanz», aparecida en alemán en 1975.

8. PARAVICINI BAGLIANI, A.: *Il corpo del papa*. Turín, 1994.

ejecutados y quemados en 1635 por haber conspirado contra Urbano VIII con medios «tan poco idóneos como encantamientos y sortilegios»⁹, nos advierten de este dramático aspecto del poder sacro del papa.

La afirmación de la monarquía papal en la edad moderna, tal como ha sido analizada en la obra fundamental de Paolo Prodi¹⁰ (curiosamente no citada aquí por nadie en los ensayos de contextualización histórica general) tuvo, entre sus efectos, la prohibición de cualquier forma de especulación o de conocimiento próximo que pudiese alimentar la crítica o incluso amenazar por cualquier medio la persona del pontífice. La misma idea de una investigación histórica sobre el papado parecía sospechosa cuando no se plegaba a fines apologéticos, de la misma manera que fue rigurosamente prohibida la exploración por vía teológica de cuestiones como los límites *in temporalibus* del poder papal.

La construcción del poder papal pasó por la prohibición de cualquier análisis crítico y por el control de las fuentes documentales, que sólo se hacían accesibles para proyectos apologéticos, aunque fuesen de gran calidad como el de Baronio. El aspecto del fallido debate conciliar sobre la relación entre poder papal y poder episcopal en Trento, y la solución que se escogió entonces para responder a las quejas de los obispos sobre los «impedimentos de la residencia» —la de acentuar su poder confiriéndoles el título de delegados del papa— son pruebas de cómo la temprana Edad Moderna se caracterizó por una deliberada exclusión del papado de los objetivos de posible conocimiento historiográfico. Siguiendo los rastros de aquella época, la famosa frase de Maquiavelo sobre el poder papal como un poder regido por motivos superiores y, en consecuencia, no investigables, en su ironía nos advierte de aquello que ocurrirá después, incluida la guerra de censura de la Contrarreforma contra la misma obra de Maquiavelo.

Cuáles fuesen estas causas superiores por las cuales el papado se regía, lo dijo con extrema violencia Lutero, que convocó para este propósito al diablo y al Anticristo.

En realidad, la heterogénesis de los fines conmemora aquí un suceso que no debemos olvidar: como veremos, precisamente a partir de la tradición polémica de la Reforma podemos datar el origen de la historiografía moderna sobre el papado. Pero mientras tanto, la batalla de Lutero contra Roma hacía reposar en la tradición de la Reforma protestante un rechazo del poder papal que no se basaba en investigaciones histórico-críticas sino directamente en la más oscura tradición profética: el papa-Anticristo, el papado obra de Satanás. Estos fueron

9. FIRPO, L.: «Esecuzioni capitali in Roma», en *Eresia e Riforma nell'Italia del Cinquecento*, Miscellanea I, Florencia-Chicago, 1974, pp. 309-342, véase p. 318.

10. PRODI, P.: *Il sovrano Pontefice. Un corpo e due anime: la monarchia papale nella prima età moderna*. Bolonia, 1982.

los argumentos que desde entonces rodearon de devoto horror en la Europa reformada la figura de quien se sentaba en el trono de San Pedro.

A las denuncias y batallas de panfletos de la Reforma protestante se correspondió espectacularmente en el mundo católico con la celebración de tipo jurídico y teológico que dio definiciones altísimas y terribles de la identidad papal: el papa es la única cabeza de los cristianos, rey supremo de reinantes, timonel del imperio celeste y terrestre, el que puede modificar e interpretar las leyes divinas; es infalible en los decretos que pronuncia ex cátedra sobre la doctrina de la fe y las costumbres. Es santísimo. Y así sucesivamente hasta el último nivel imaginable: el papa es de tan gran dignidad y excelencia — se lee en la *Prompta bibliotheca* de Ferraris — que no es un simple hombre, sino que es casi Dios (*non simplex homo sed quasi Deus*); *papa est quasi Deus in terra*.

En las imágenes de una literatura henchida de espíritus cortesanos e incluso agobiante en sus tonos y colores, toma cuerpo aquella entidad que se corresponde bien con la célebre definición de fray Paolo Sarpi: el papado como «totatus». Y Sarpi fue también la última voz de la cultura italiana que osó indagar — pagando un alto precio por el atrevimiento — sobre los orígenes históricos y la deformación introducida en la Iglesia desde la época de Gregorio VII (la que hoy, con la obra de Harold J. Berman, se define habitualmente como la Revolución papal).

Quien haya explorado la literatura teológica para investigar el desarrollo interno del catolicismo acerca de la doctrina de los poderes — me refiero a las investigaciones de Giuseppe Alberigo — ha encontrado nuevas muestras de interés sobre los poderes colegiados del episcopado reunido en concilio durante el s. XVIII, incluso sobre la repetida doctrina acerca de la infalibilidad papal. Pero cuanto más la realidad europea parecía hostil al papado, tanto más el discurso teológico se atrincheraba en los temas del Triunfo de la Santa Sede, por citar la obra de Mauro Cappellari, que en el año 1799, mientras los regímenes europeos se hundían bajo los golpes de la Revolución, puso al frente de su obra un discurso preliminar sobre la inmutabilidad del gobierno de la Iglesia.

Esta polémica entre posiciones contrapuestas evitaba la historia como cambio y lo hacía por su propia naturaleza. Y la erudición histórica cercenada por el *Dizionario* de Moroni podía solamente operar sobre las instituciones y los ritos, pero no osaba, ciertamente, intentar construir un discurso de tipo histórico. Solamente se concebía el recurso a los documentos en términos apologéticos y únicamente a aquellos autores que asumían esta tarea apologética se les abrían las puertas de los archivos: así a Baronio, así a Sforza Pallavicino, en sus tareas antiprottestante y antisarpiana respectivamente.

La historia hizo acto de presencia en la escena del papado a través de la tradición luterana y de la potente voz de Leopold von Ranke. Al historiador prusiano y a su inspiración luterana debemos el gran diseño histórico de los *Römischen*

Päpste in den letzten 4 Jahrhunderten —obra no precisamente grata a quienes eran objeto de estudio y que acabó pronto en el índice de libros prohibidos—. Sin embargo, si tuviésemos que recordar al padre de la tradición historiográfica cuyos frutos tenemos presente en esta gran *Enciclopedia*, deberíamos pronunciar su nombre. Con Ranke, la profecía, la adivinación, el odio y la exaltación ceden el puesto a la voluntad de conocimiento.

En efecto, en esta *Enciclopedia dei Papi*, como en la *Historia de los Papas* de Ranke, se tratan también hechos institucionales, políticos y teológicos. Los lectores no encontrarán historias como las de la Papisa Juana, y quizá lo lamentarán porque las fábulas papales, como las definió el católico alemán Ignaz von Döllinger, forman un material apasionante para comprender qué imágenes mentales florecieron en los siglos cercanos a aquella realidad histórica del papado.

La profecía desaparece de la historia de los papas desde el nacimiento de la historiografía moderna sobre el papado con la obra de Ranke, que fue contemporáneo de Döllinger. Desde entonces, son los juicios históricos los que dividen las opiniones o estimulan la voluntad de conocer mejor los actos concretos y las opciones de cada pontífice, la evolución del papado y de la Iglesia católica como instituciones en el contexto de los cambios históricos generales. El nombre de Ranke acude a la mente en particular ante las últimas palabras de esta enciclopedia de los papas. El historiador prusiano concluyó su *Historia de los Papas* narrando los acontecimientos contemporáneos de manera seca y objetiva: la toma de Roma por tropas italianas en los mismos días en que Pío IX hacía anunciar su propia infalibilidad; el retiro del papa (no sin dignidad) al ejercicio de una autoridad exclusivamente religiosa; la solemne garantía por parte del Estado italiano de que el papa, como autoridad religiosa, gozaría de absoluta libertad. El presente y el futuro —concluía Ranke— dependen ahora del modo en que tal ejercicio será desempeñado en una situación tan nueva.

Hoy aquel futuro se ha convertido en nuestro pasado y muchas cosas han ocurrido. Pío IX figura ahora como beato, según la reciente —y muy discutida— proclamación oficial (3 de septiembre de 2000). Se discute, también apasionadamente, sobre él y sobre otros pontífices de nuestro tiempo. Pero el papado está más que nunca en el centro de la realidad italiana, donde la libertad de ejercicio del poder espiritual no parece, en verdad, soportar oposiciones o impedimentos (a no ser que consideremos como tales los problemas relativos a Radio Vaticana y a la potencia de sus aparatos).

El surco abierto por la gran obra de Ranke se hizo más profundo con la respuesta de tono apologético pero de un inmenso valor documental del católico Pastor. Debe notarse, *en passant*, que Ranke no tiene aquí, en el balance de los estudios históricos sobre el papado entre los siglos XIX y XX, un lugar adecuado a su importancia. Naturalmente, a él y a la respuesta católica de Ludwig Pastor,

podría aplicárseles lo que ocurrió en la polémica entre las *Centurias de Magdeburgo* y los *Anales* de Baronio: Baronio, como Pastor, pudo responder con documentos puestos a su disposición gracias al uso inteligente de la documentación del Archivo Segreto Vaticano. Aquel archivo, abierto a los estudiosos en torno a 1880, ha alimentado el extraordinario progreso del conocimiento histórico que se ha producido en el siglo XX, con la contribución determinante de la historiografía italiana, junto a la también fundamental de historiadores alemanes que, aún en el exilio —piénsese en Jedin— han llevado hacia delante la herencia grandiosa del XIX. Los progresos, en este sentido, han sido continuos. Si el católico Pastor pudo disponer de la inmensa documentación del Archivo Segreto Vaticano, poco más de un siglo después fue abierto también el Archivo del Sant' Uffizio, al menos para la documentación hasta 1903. La investigación histórica continúa; las discusiones sobre el Papado, también.

Pero es gracias a este fundamental cambio rankeano de afrontar la comprensión de lo que ocurrió verdaderamente y de hacer del papado, detestado desde su tradición luterana, el objeto de una interrogación histórica que incluía la categoría de cambios en el tiempo, que hoy podemos hablar del papado entre historiadores, sin deber dilucidar previamente si el Papado cambió o no cambió a lo largo de la historia.

Ciertamente, los hombres parten de presupuestos generales y los que comparten la fe católica insistirán más en la permanencia y la transmisión sagrada de un mandato originario. Pero nosotros podemos reflexionar y discutir sobre la larga historia del papado gracias a obras como ésta, donde hombres de Iglesia y estudiosos colaboran sin estridencias y donde la tradición humanística de las biografías papales se aúna con la de la moderna historiografía.

En todo caso, son los historiadores católicos quienes más se han escudado tras el criterio historicista de valorar las cosas según los parámetros vigentes en aquellos tiempos, y no en los nuestros: y el historicismo conlleva una voluntad de justificar cosas difícilmente justificables no sólo a los ojos de nuestro tiempo, sino también a los de otros. Pensemos, por ejemplo, en las polémicas que en tiempos recientes han suscitado la reconsideración de la historia y la decisión papal de arrepentirse de los errores del pasado. Pensemos en un episodio menor, si se quiere, de esta polémica, como es la reconsideración del clamoroso caso del niño Mortara, sustraído a su familia hebrea porque había sido bautizado clandestinamente. El episodio encontró espacio en las crónicas boloñesas, italianas e internacionales en los años finales del poder temporal de los papas en esta ciudad. La biografía dedicada a Pío IX por Giacomo Martina alude al caso Mortara para recalcar que Pío IX se mostró firme en lo que sus principios (hoy discutidos y

largamente superados) le indicaban¹¹. Que en aquel tiempo hubiese opiniones radicalmente hostiles a tales comportamientos y que aquellas opciones fuesen consideradas muy negativamente por parte de la opinión de buena parte del mundo, también será señalado, pero no incide en el significado del juicio tocante a la diversa condición hoy de la cultura católica y de la histórica en particular.

El comportamiento de un papa, aunque se trate de uno canonizado, no se sustrae, en lo tocante a sus decisiones, a una valoración histórica que muestre sus límites, la violenta carga de intolerancia, o la contribución no precisamente a la convivencia civil sino al enfrentamiento. Piénsese, por poner un ejemplo más, en la relación histórica entre el papado y las órdenes religiosas y a la fuerza dada a los tribunales frailunos de la Inquisición.

También aquí, la toma de conciencia que en el mundo católico se produjo en la época de apertura de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II ha dejado en vía muerta aquel rechazo de la historia que antes impedía el conocimiento y la libre discusión sobre la misma historia y exorcizaba mediante el Índice de libros prohibidos cualquier espiral de posible crítica.

Queda todavía en el fondo, como precondition del diálogo científico, la relación establecida entre historiadores católicos y creyentes y la autoridad constituida del magisterio eclesiástico. Un eminente estudioso moderno del papado, Wolfgang Reinhard, recordaba hace años que historiadores como Cesare Baronio, Ludwig von Pastor y Hebert Jedin fueron insuperables en lo concerniente al conocimiento de las fuentes, pero se mostraron reticentes ante aquellos documentos que ponían en cuestión su acatamiento de la autoridad papal: así Bellarmino pudo aconsejar a Baronio que callase acerca de la falsedad de la «Donación de Constantino»; del mismo modo, Jedin pudo elaborar una historia de la Iglesia en la que no se decía una palabra sobre la Inquisición¹². Y los riesgos de la apologética se esconden también en el modo en que algunos aspectos fundamentales son tratados en esta obra: piénsese, por ejemplo, en las relaciones entre papado y concilio. Que el Concilio de Trento y el Concilio Vaticano II hayan sido asumidos y plenamente seguidos en la obra de los pontífices sucesivos es algo completamente opinable.

Por otra parte, cada historiador tiene sus presupuestos y sus predilecciones; los historiadores católicos son, en este sentido, más fácilmente criticables por la evidente relación que une el magisterio eclesiástico y la autoridad papal. Hoy, en el mundo presente, tras el fin del stalinismo, las religiones constituidas y, entre ellas, la Iglesia católica, quedan como las últimas centrales ideológicas capaces de

11. MARTINA, G.: «Pio IX beato», en *Enciclopedia del Papato*, vol. III, 559-575; véase p. 563.

12. *Möglichkeiten und Grenzen der Verbindung von Kirches mit Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, 1981, pp. 13-67, véase p. 22.

someter la búsqueda de la verdad a fines superiores. Y esto es una característica tan arcaica, en un mundo tan señalado por el atomismo y el exacerbado individualismo del trabajo intelectual, que puede aparecer casi como patético y reconfortante.

En la evocación del largo recorrido que nos ha conducido hasta aquí, está implícito un reconocimiento no triunfalista del progreso en los conocimientos y de cambios en las formas de convivencia. Digamos, provisionalmente, que los estudios históricos pueden contribuir al progreso de los conocimientos y a la profundización de nuestra identidad histórica, a la cual el papado ha contribuido de forma tan importante. En consecuencia, nos acercamos a esta obra con curiosidad y voluntad de comprender. Así, para el historiador del papado, la herencia medieval y las novedades de la primera edad moderna, aquí tratadas por Girolamo Arnaldi y Mario Caravale, deberán leerse por lo que significaron bajo el aspecto histórico de la institución en los tiempos en que el papa se convirtió en un soberano, además de ser pontífice; un cuerpo habitado por dos almas, como ha escrito Paolo Prodi.

La italianización del papado y de la Curia se sumó a una nueva situación política en la Península en la edad de las grandes potencias monárquicas de la Europa moderna, con reflejos y condicionamientos que actuaron no sólo sobre las instituciones de gobierno de la Iglesia universal y las de los Estados Pontificios, sino también sobre la carrera y el perfil social de las figuras históricas de los pontífices, tal como se desprende de las investigaciones de Wolfgang Reinhard.

El lector curioso hará bien en volver, después de los primeros ensayos sobre los perfiles biográficos, a los ensayos introductorios de la auténtica y verdadera historia del papado. Estos ensayos permiten seguir las líneas principales del desarrollo histórico de la institución, con la ayuda de eminentes especialistas, como ya se dijo: Manlio Simoneti para la Edad Antigua, Girolamo Arnaldi para la Edad Media, Mario Caravale para la Edad Moderna, Giacomo Martina S. J. para la Edad Contemporánea. Sus esfuerzos para hacer accesibles a cualquier lector culto problemas de gran complejidad han obtenido un resultado que, en conjunto, es de una notable calidad.

Puede ser, sin embargo, que muchos de los lectores que esperamos que tenga esta *Enciclopedia dei Papi*, se salten, en un primer momento, los ensayos de encuadramiento histórico para acudir rápidamente a las páginas sobre este o aquel papa. Quien quiera conocer de forma rápida el principio y el fin de la historia, leerá el primer capítulo (Cefa, alias Simón, luego para siempre San Pedro) y el último (Karol Wojtila). De San Pedro aprenderá, entre pocas certezas y muchas conjeturas, un hecho firme, aunque introducido aquí de forma dubitativa: parece indudable que vino a Roma y que sufrió el martirio

entre el 64 y el 67¹³. Cuestión ardua y complicada por polémicas milenarias que el autor trata de solventar exponiendo datos documentales de carácter textual y arqueológico. Pero entre el «parecer» y la certeza indudable hay una diferencia notable, tanto que aquel «parece indudable» suena a oxímoron. Este estilo sobriamente informativo y bastante cuidado científicamente es el que caracteriza la obra.

Pero demasiadas cosas empiezan con aquella venida de Pedro a Roma para que el ojo se detenga solamente sobre aquellas dos palabras. De aquella certeza, sin duda, empieza la historia que el papado de Roma ha defendido e impuesto de forma tenaz. El modo como acaba lo sabemos por las últimas páginas del volumen tercero, dedicadas a Juan Pablo II.

Un final provisional, debería decirse; la historia continúa, como sugiere el hecho de que, llegados a este punto, la escueta narración de los hechos se hace —como se ha visto— crónica, comentario, pregunta abierta al futuro. Y quizá tendrá que ser el *Istituto dell'Enciclopedia Italiana* el que responda a las preguntas con ediciones puestas al día de esta obra fundamental, con la misma diligencia con que ha acogido la cita histórica del bimilenario cristiano.

En esta presentación se encierran el sentido editorial y el científico de una empresa bien meditada y de alto nivel: uno vuelve la mirada atrás para observar un largo camino y elige el punto de vista más elevado para dominar el paisaje. Pero el viaje continúa y la Iglesia Católica también, con sus papas: quizá hasta el advenimiento de un Pedro II, según la profecía que refleja el deseo cristiano de ver el fin del tiempo humano como clausura de un círculo perfecto. Pero las profecías están excluidas de esta severa obra de ciencia histórica, tanto las de Pedro II como las elaboradas por la cultura protestante que veía en el papa al Anticristo del Apocalipsis.

Dos aspectos principales convierten a esta obra en digna de atención. El primero es el más evidente: tenemos ante nosotros una historia de los papas como obra colectiva, ordenada cronológicamente, elaborada sobre bases documentales vastísimas y sobre toda la literatura disponible, gracias al trabajo de historiadores especialistas de cada área específica. A ello nos hemos referido. Sin embargo, debemos mencionar un segundo aspecto, sólo aparentemente secundario: con los papas nos encontramos ante una parte, un adalid de la población italiana, seleccionado y biografiado con gran esmero. Puede hablarse, así, de una prosopografía de un peculiar sector de la población y de la cultura italianas.

Se trata de una utilización del gran depósito de conocimientos y de investigaciones históricas acumulado durante años por la *Enciclopedia Italiana* que podrá y deberá ser continuado por muchos otros ejemplos semejantes. Bastará

13. GRECH, P.: «Pietro, Santo», en *Enciclopedia dei Papi*, op. cit., vol. I, pp. 175-194, véase p. 188.

pedir al *Dizionario Biografico* de los italianos que seleccione para determinadas categorías —cardenales y párrocos, poetas y músicos, industriales y banqueros, emigrantes y obreros, milaneses y boloñeses— su enorme archivo de datos para tener sectores de la población italiana en el tiempo y conocer prosopográficamente los caracteres históricos de los italianos, tal como se conocen hoy en día los datos del ADN.

Quisiera recordar que un problema que se planteó en el primer volumen del *Dizionario* fue el de los nombres árabes de habitantes de la Península Italiana en el pasado (desde el inicial «Al»), tan numerosos que tuvieron que adoptarse criterios específicos para no resaltar desde el inicio el carácter tan poco homogéneo étnica y religiosamente de la población italiana.

Quienes hoy proponen limitar el acceso a nuestro país en base a criterios de exclusión religiosa o étnica, deberían leer y releer estos volúmenes. Estos, antes de dar voz y avales a la intolerancia, harían bien en reflexionar sobre las características históricas de la identidad italiana. El ejemplo de lo que ha sido la «italianidad histórica» a través de los tiempos lo encontramos, precisamente, en el papado: el primero es San Pedro, el último, por ahora, es Benedicto XVI. Ni uno ni otro fueron italianos de nacimiento; el primero fue hebreo, el último es alemán. Pero no hay duda de que todos estos pontífices han sido italianos al establecerse en Roma y marcar su historia durante los últimos veinte siglos. Reflexionar sobre una institución católica, es decir, universal, tan estrechamente unida a Italia, quizá pueda ayudarnos a rechazar las frecuentes tentaciones de barbarie xenófoba y racista.